

ALEJANDRO ARICEAGA

ESCRITORES DEL SEÑOR DESNUDO Y COMARCAS ALEDAÑAS

Debido a la sacrosanta centralización (fuera del De Efe todo es Cuautitlán Izcalli, carnalazos; ante el concreto de la Gran Esmogtitlán, todo es provincia nopalera), algunos todavía se pasman ante la creación literaria de otras latitudes. Publicaciones capitalinas que ignoran olímpicamente la producción que no se efectúa en el Rancho Grande. O viven en la convicción de que para petacas las más y para literatura la de la gran ciudad. O la ven como los otrora *ratoncitos verdes* veían a los equipos de Noruega, de Italia o de las dos Irlandas: de abajo hacia arriba, con respeto, casi cuadrándosele a la oncena adversaria. O de arriba hacia abajo, con desdén, como sentándose en las piernas a los inocentes griegos y a los noveles nigerianos. Pero aunque ya no andamos de futboleros ni la creación literaria se dirime en una cancha, los escritores del Estado de México trabajan y publican. Se arriesgan. Sortean adversidades. Edifican las condiciones propicias para que su obra tenga marcos de referencia. Reclaman su lugar en el espacio mexiquense. Trabajamos y publicamos. Nos arriesgamos.

Una anécdota

A fines de los ochentas, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes me invitó a realizar una de las 31 antologías que conforman la colección Letras de la República. (Creo que se han publicado alrededor de quince, en algunos casos con el copatrocinio de los gobiernos estatales, según sé.) Se me invitó, claro está, en mi calidad de escritor de comprobada oriundez mexiquense: toluqueño a quien sólo le faltó nacer en el Pico del Fraile del Nevado de Toluca o en plenos portales de la capital del estado, y presunto conocedor de buena parte de la literatura que se ha dado en esas tierras antes, durante y después de la llegada de los españoles.

El reto era enorme, en apariencia desproporcionado pues se le lanzaba a un escritor sin palmas académicas ni posgrados en el extranjero ni licencia para con-

ducir. (Ahora ya conduzco el *golf* que me compré con el producto de más de veinticinco años de sobrevivir del sudor de mi tecla; pero sígo careciendo de un *currículum* académico.) Y acepté el reto. Invertí algunos años en ordenar e incrementar mi pequeña biblioteca, el fichero literario de mi computadora. También le hice al saqueo de datos de los que figuran en la Biblioteca Central de Toluca, archivos parroquiales y otras fuentes.

Hice como que ordené toda esa información y el producto fueron los libros *Estado de México, donde nadie permanece*¹ y *Literatura del Estado de México. Cinco siglos*.²

El primer sorprendido de tal faena: yo. Después, quienes han logrado adquirir los títulos mencionados y se han percatado de la trayectoria que ha seguido el quehacer literario en las tierras que, según los mapas actuales, conforman una entidad de 121 municipios.

En tales volúmenes consigno la existencia de alrededor de cien autores, nacidos en diferentes puntos del Estado de Mexicalpán, en diferentes épocas, y que cuentan con uno o más libros; otros cincuenta sin libro publicado pero con obra constante y más o menos sólida dispersa en folletos, periódicos, revistas, plaquetas y suplementos literarios; unos veinte de quienes se tiene noción de que han escrito pero cuya obra —salvo uno o dos poemas, cuentos o artículos que le tiran al ensayo literario— anda por ahí en espera de alguien más intrépido que yo para rescatarla del olvido. En tales textos, también, proporciono una muestra de 43 poetas y 25 narradores. (No exploré ni antologué autores de teatro, ensayo literario ni crítica, porque tales géneros no han sido significativos en tierras del hoy Estado de México, y porque quienes los han practicado suelen ser los escritores a quienes caracteriza más su poesía, sus cuentos,

¹ *Estado de México, donde nadie permanece. Poesía y narrativa (1690-1990)*, Col. Letras de la República, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991, 222 pp.

² *Literatura del Estado de México. Cinco siglos. 1400-1900*, Secretaría de Educación, Cultura y Bienestar Social, Toluca, 1993, vol. I (poesía), 386 pp., vol. 2 (narrativa), 290 pp.



sus relatos y sus novelas.) Y reitero: son autores nacidos en diferentes lugares de mi glorioso estado y, en algunos casos, venidos a radicar a mis gloriosas tierras.

También consigno en estos libros una bibliografía muy amplia, en su mayor parte leída por mí, para tener acceso a la cual debí pasar peripecias muy emocionantes que suelo platicar en los actos a los que soy invitado en diferentes lugares de mi ciudad, la Ciudad de México, el estado (¡que lleva por nombre el de la patria toda!) y otras ciudades de la república.

Vertiginoso panorama

Antes del español.

Es de rigor iniciar con la poesía prehispánica. Frailes, cronistas, historiadores, y en forma muy destacada Ángel María Garibay, José Luis Martínez y Miguel León-Portilla, nos dan cuenta de por lo menos seis cantores "de rostro conocido" y que nacieron o anduvieron en tierras texcocanas y la región de Chalco-Amecameca: Acolmiztli, Nezahualcóyotl, Nezahualpilli, Cacamatzin, Cuacuauhtzin de Tepechpan, Chichicuepon de Chalco y Aquiauhtzin de Ayapango. Estos cantores fueron los pilares de esa expresión prehispánica que ha trascendido el tiempo debido a su alto sentido cósmico, filosófico y poético: el ritual y la naturaleza, la flor y el canto, la fugacidad de la vida se comprimen en sus cantos y llegan a nosotros con toda su fuerza primigenia.

Sentir y comprender el sentido de los cantos prehispánicos de esta parte del México antiguo nos lleva a comprender la esencia de una literatura mexicana.

El arribo de los españoles y el trauma de la conquista (así lo llama Garibay) instalan en la Nueva España la religión católica y transforman el comportamiento de las personas, las artes y las costumbres. (Innecesario abundar en aspiraciones sociales, antropológicas y estéticas en la brevedad de este panorama.)

Durante el último tercio del siglo xvi y el primero del xvii, la Nueva España se consolida bajo los designios de la Corona. Se vive la influencia del romance y otros géneros populares pero también la poesía italianizante, el teatro medievista, la comedia y otras expresiones culturales. Los cronistas inducen el nuevo lenguaje y se ven precisados a consignar la existencia de los cantares mexicanos que se niegan a desaparecer.

Según el acta encontrada por Alberto G. Salceda y Guillermo Ramírez España, Juana Inés Ramírez nació en 1648. Ampliamente exploradas su vida y su obra por Diego Calleja, su primer biógrafo, Miguel Toussaint, Ermilo Abreu Gómez, Francisco Monterde, Salceda, Alfonso Méndez Plancarte, Octavio Paz, Antonio Alatorre y algunos otros, baste mencionar que Sor Juana rebasa el lugar de nacimiento y la referencia temporal. Poeta de tan amplios vuelos que hoy por hoy admite los estudios más audaces y especulativos, o la retórica más insignificante (como ésta). ¡Honor al Fénix de México!

Un escritor del siglo xviii, nacido en tierras del Estado de México, merece mencionarse en este panorama: Manuel Gómez Marín, autor del poema burlón "El currutaco por alambique" y de infortunadas odas ganadoras de premios en su momento. Este autor nació en San Felipe del Obraje (hoy San Felipe del Progreso). Y también se debe consignar el paso del carmelita fray Juan de la Anunciación, quien deja, a su paso por Toluca, Tenango y Metepec, una huella de su vena humorística al escribir poesía incluida en su *Cuaderno de varios versos*.

Los inicios del siglo xix dan constancia del escritor toluqueño Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, poeta mediano, orador acalorado, prosista elegante y tozudo opositor a los aires de independencia que encabezaba Hidalgo.

También digna de mención es la estancia en Toluca del cubano José María Heredia, el llamado Cantor del Niágara, a partir de 1831 y hasta después de 1836. En esta capital es magistrado, director del Instituto Literario de Toluca y editor de las revistas *Miscelánea* y *Minerva* (en la capital de la república ya había coeditado la revista *Iris* con Linati y Galli).

Fernando Orozco y Berra (también de San Felipe del Obraje, 1822-1851) es el primer novelista mexicano romántico. Su novela *La guerra de treinta años* todavía merece ser estudiada debido al esmero de sus descripciones de la clase media mexicana de aquella época. Esta obra es apasionada, melcochosa y longitudinal: comprende dos tomos en casi setecientas páginas. Esteban González Verástegui (1841-1870), por su parte, fue un toluqueño liberal que es deportado a Francia, vive penosamente en España, hace poesía, teatro y regresa a su ciudad natal para ser funcionario municipal efímero y morir de un tabardillo a los 29 años de edad, la misma edad de muerte de Fernando.

El Instituto de Toluca ve pasar a muchos notables como Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano; posteriormente a Juan A. Mateos y Francisco M. de Olaguibel. Por esas aulas pasarán también escritores de mucha estima en el nivel toluqueño (y por lo general ignorados en el nacional), como Juan B. Garza, Heriberto Enríquez, Felipe N. Villarello, Abel C. Salazar, Agustín Garduño Castro y Enrique Carniado. En el Instituto brillará también Horacio Zúñiga, un poeta que sobrevive hasta 1956, y quien se lleva las palmas por su obra prolífica, bien hecha, bien rimada, aunque de poca trascendencia.

Joaquín Arcadio Pagaza (vallesano, 1839-1918) se convierte en el poeta pastoril a la mexicana y por excelencia. El paisaje es su materia prima. Sus armas son el latín y una vocación inédita hasta entonces para hacer poesía. Ángel María Garibay (toluqueño también, nacido en 1892 y muerto en 1967) no va a la zaga: escribe poesía y relato, aunque será más conocido por su nobilísima tarea de preservar, traduciéndolos del náhuatl, a los grandes cantores de esa lengua. Gran humanista, como esto se entiende, hace puente con el siglo xx y divulga con amplitud la cultura mexicana.

Isidro Fabela (atlaacomulquense, 1882-1964) cruza el siglo xx con una participación notable en la diplomacia y es, al mismo tiempo, un buen narrador. *La tristeza del amo* y *Cuentos de París* dan cuenta de su habilidad y limpieza narrativa. Aquí, mencionemos a Laura Méndez de Cuenca (1853-1928), poeta, cuentista y educadora; nacida en Amecameca, establece contacto con escritores del Distrito Federal. Se hace leyenda al tener un romance con Manuel Acuña. Enviuda de Agustín F. Cuenca. En su ambular llega a San Francisco, California, y edita la *Revista hispanoamericana*. Regresa a Toluca para fundar una Escuela Normal para Señoritas.

Sigue el panorama

Para 1950, el grupo *Letras* anima la vida cultural de la ciudad de Toluca. Ahí militan Gustavo G. Velázquez, Alfonso Sánchez García, Alejandro Fajardo, Gonzalo Pérez Gómez, José Yurrieta, Carlos Hank González, Moisés Ocadiz, Guillermo Servín Ménez y Rodolfo García Gutiérrez, entre otros. En la mitad del siglo radican en Toluca pero provienen de diferentes partes del Estado de México. En torno de ellos hay pintores, músicos, escritores e historiadores. Algunos de sus miembros se dedican a editar y rescatar obra de autores del Estado de México. Fajardo y Yurrieta fundan la importante colección Cuadernos del Estado de México. Pérez Gómez realiza hasta la fecha un importante rescate de la literatura estatal. Los del *Letras* se convierten, al mismo tiempo, en biógrafos e historiadores. Algunos emigrarán a disciplinas de otra índole. Pero la huella del grupo incide en las generaciones que en la actualidad se dedican de cuerpo y alma a la cultura.

Josué Mirlo (1901-1968), el gran poeta de Capulhuac, publica por estos años la parte medular de su producción y es amigo del grupo. El tono desenfadado, la musicalidad y las imágenes de su obra impactarán a los escritores que surgen a partir de los años sesentas.



Y aquí están los sesentas

Es aquí donde entra el grupo *tunAstral* (escribese así, *tunAstral*, una sola palabra conformada por puras minúsculas y la A mayúscula en medio), el que inicia un movimiento que ha significado vanguardia en el quehacer literario y la promoción de las actividades culturales. Roberto Fernández Iglesias, nacido en Panamá pero radicado desde hace más de treinta años en Toluca, funda esta autodenominada "tribu". En ella militan escritores nacidos en diferentes partes del estado, nacidos en otras entidades y hasta en otros países pero radicados en Toluca. Los *tunastrales* encabezan el registro cultural de tres décadas: de 1964, año en que surgen a la palestra, a la fecha. En el ínterin nació el Centro Toluqueño de Escritores (en 1983, fundado por Alejandro Ariceaga, uno de la *tribu* original). Con Carlos Olvera se impulsa el teatro moderno. Todos los miembros originales tienen obra publicada y de alguna manera han alentado la edición de revistas, páginas literarias y suplementos culturales, así como la organización de actos relacionados con su actividad. Hernán Bravo, Francisco Paniagua, Carlos Olvera, Jorge Guadarrama López, José G. Flores, Antonio Vélez Torres, Gabriel Ezeta Moll, Luis Antonio García Reyes, Rosaluz Velázquez, Araceli Norán y Alejandro Ariceaga son, junto con Fernández Iglesias, los pioneros del movimiento, los *tunastralopitecos*. Al paso de los años se incorporan otros elementos, lo mismo en el teatro (Rafael Cravioto, Antonio y Juan Hernández Jáuregui, Luis Contreras) que en la creación literaria y la promoción cultural.

Los setentas

Aunque no necesariamente surgidos de *tunAstral*, pero de algún modo motivados por la *tribu*, irrumpen en la literatura del Estado de México Alfonso Sánchez Artheche, Fidel Acevedo, Mauricia Moreno y Eduardo Osorio. Casi al mismo tiempo, y en este caso más de extracción universitaria, surgen José Luis Herrera Arciniega, Félix Suárez, José Alfredo Mondragón, Flor Cecilia Reyes, Jorge Luis González Santana, Martín Mondragón y Porfirio Hernández, quienes han obtenido alguno o algunos de los premios anuales que ofrece el Centro Toluqueño de Escritores. Félix Suárez, por su parte, también ha obtenido una beca del INBA. En otros ámbitos han trabajado Benjamín Araujo, Jorge de la Luz, Raúl Cáceres Carenzo, José Bernal, Óscar González y Guadalupe Cárdenas. Todos ellos, con obra publicada, también han participado en la vida cultural del estado, principalmente desde Toluca. Óscar González (también de San Felipe el mencionado) y Víctor Flores Olea (toluqueño) han frecuentado vertientes diplomáticas y de servicio público que los han llevado a visitar múltiples países. La obra de estos dos escritores es muy apreciada por quienes los siguen desde los años sesentas y hasta la fecha.

Toluca, en centralización similar a la del Distrito Federal pero ajena a los promotores culturales y a los mismos escritores, ha sido punto de reunión por darse aquí las principales instituciones que propician la creación literaria: el Instituto Literario, la Universidad, el grupo *Letras* y sus Cuadernos del Estado de México, las colecciones editadas por Mario Colín, *tunAstral*, el Instituto Mexiquense de Cultura y el Centro Toluqueño de Escritores (en este último, por ejemplo, se han publicado medio centenar de títulos literarios y, por su parte, Óscar Oliva ha sostenido un taller literario desde hace más de dos años que ha dado como primer fruto la antología *Las aguas móviles*, con obra de cuatro poetas radicados en Toluca).

En otros municipios se registra actividad literaria, principalmente en Atlacomulco y en Ciudad Nezahualcóyotl. La primera posee gran tradición, pues en ella pesan nombres como los de Fabela y Mario Colín. Este último es significativo para la vida cultural del estado pues crea la importantísima Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, integrada por más de cien títulos. Nezahualcóyotl, la ciudad nueva, nacida en circunstancias especiales, registra núcleos de motivación como los *calpullis*, la revista *Litoral* o el grupo *ENTE* (El Norte También Existe) y nombres que empiezan a destacar como los de Alfonso Pliego, Kuitláhuak Macías, Porfirio García, Antonio Malacara, Manuel Pineda, Adela Rodríguez y Ángel Cuesta. Recientemente apareció la antología *Poetas en construcción* (compilada por P. García), que agrupa a buena parte de ellos. También son de citarse las colecciones Cuadernos de Malinalco (editados en esta población) y la serie de literatura infantil Amaquemecan (editada, obviamente, en Amecameca).

Naucalpan y Tlalnepantla, conurbadas con el Distrito Federal, sostienen sus propios movimientos literarios y en gran forma están arraigados a la capital de la república. Y así otros lugares, en los que sus escritores permanecen cuando hay talleres literarios independientes o en sus casas de cultura; y, como sucede en mayoría apabulladora, los que no se arraigan en sus lugares de origen emigran a Toluca, al Distrito Federal o inician, algunos, esa vida tránsfuga tan incómoda, sabrosa, interesante.

Palabras finales

Tómese como se quiera: no se puede hablar de una literatura mexiquense sino de escritores que han nacido, han pasado o han venido a radicar a algún punto del Estado de México. Han publicado en instancias locales o foráneas. Y han permanecido en estas tierras o han emigrado a otras. O van y vienen por ellas. Románticos, neoclásicos, naturistas o cosmopolitas, han agregado su grano a las letras que se practican en esta entidad, como en cualquiera otra del planeta.

Besitos a los niños. ■